

—¡Qué preguntas tan tremendamente fáciles haces! Desde luego yo no pienso así. Porque si me hubiese caído alguna vez, de lo cual no existe ninguna probabilidad..., pero si hubiera ocurrido...

Aquí apretó los labios y miró a Alicia de una manera tan solemne, que ésta apenas si pudo contener la risa.

—Si me hubiese caído — prosiguió —, «el rey me ha hecho promesa»... ¡Ah! Puedes palidecer, si quieres. No habías supuesto que era eso lo que iba a decir, ¿no es cierto? Pues sí, «el rey me ha hecho promesa!...», de su propia boca...

—«...de enviar todos sus hombres y todos sus caballos» — interrumpióle Alicia imprudentemente.

—¡Eso es ya demasiado! — exclamó Humpty Dumpty presa de repentina cólera —. ¡Tú estuviste escuchando detrás de las puertas, detrás de los árboles, dentro de las chimeneas!... ¿Y de no ser así, cómo ibas a enterarte de mis asuntos?

—No hice nada de eso — repuso Alicia amablemente —. Lo leí en un libro.

—¡Ah! De modo que se pueden escribir todas esas cosas en un *libro* — dijo más calmado Humpty Dumpty —. Es lo que llaman una Historia de Inglaterra, ¿no es así? Ahora mírame bien. Yo soy uno que ha hablado con un rey, en persona. Quizás nunca veas otro semejante. Y para demostrarte que no soy orgulloso, ¡chócala!

Sus labios se entreabrieron en una sonrisa burlona, en que la boca le llegaba de oreja a oreja, y se inclinó casi hasta el suelo cuando ofrecía su mano a Alicia; ésta, al estrechársela, lo miraba con cierta ansiedad.

—Si me sonrío un poco más — pensó Alicia —, se le juntarán las comisuras en el cogote, y no sé qué le ocurrirá a su cabeza... ¡Tengo miedo que se le divida en dos!

—¡Sí, «todos sus hombres y todos sus caballos»! ¡Y

me recogerán en un minuto; ya lo creo! — aquí hizo una pausa —. Me parece que estamos conversando con demasiada rapidez, retrocedamos a la penúltima premisa.

—Temo no recordarla — dijo Alicia con una sonrisa muy cortés.

—En ese caso empecemos de nuevo. Me toca a mí elegir el tema...

—Habla como si se tratara de un juego — pensaba Alicia.

—Y he aquí una pregunta. ¿Cuántos años dijiste que tenías?

—Siete años y seis meses — contestóle Alicia luego de un breve cálculo.

—¡Está mal! — exclamó Humpty Dumpty con aire de triunfo —. ¡Nunca digas semejante palabra!

—Es que entendí que me preguntabas: «¿Cuántos años tienes?»

—Si lo hubiese querido decir lo hubiese dicho.

Alicia no tenía ganas de proponer otro tema y se calló.

—¡Siete años y seis meses! — repitió Humpty Dumpty pensativo —. Desagradable edad. De haberme pedido consejo te hubiese dicho: «Me quedo con los siete...», pero ahora es ya tarde.

—Yo nunca pido permiso para crecer — exclamó Alicia indignada.

—¿También orgullosa? — lamentóse Humpty Dumpty. Alicia se sintió aún más indignada ante esta observación.

—Quiero decir que uno no puede evitar el hacerse viejo.

—Uno tal vez no pueda — convino Humpty Dumpty —, pero *dos* pueden. Con una ayuda apropiada tú podías quedarte en los siete.